

iba á ocupar el siglo como un periodista científico en la edad en que los hombres prefieren por lo general la quietud y el descanso. De modo que no parece sino que Feijoo quiere unirse conscientemente al gran esfuerzo que van á intentar la Academia española creada en 1714, la de la Historia, cuyos trabajos comienzan en 1735, y con ellas los Sarmiento, los Mayans, Burriel y Florez, este gran agustiniano que se jubila á su vez un año antes que Feijoo que lo hizo en 1739.

Un solo escrito del beneditino gallego basta para imponernos de la precaria situación intelectual

de España, de lo dificultoso que era á los ingenios españoles dar rienda á su pensamiento, sin temor de ir de buenas á primera á parar en un calabozo del Santo Oficio. Este escrito es aquel en que discurre sobre las *Causas del atraso que se padece en España en orden á las ciencias naturales*. Seis son las causas que señala Feijoo: La primera el corto alcance de los profesores. La segunda la preocupación que reina en España contra toda novedad. La tercera el errado concepto de que cuanto nos presentan los nuevos filósofos, se reduce á unas curiosidades inútiles. La cuarta es la diminuta ó falsa noción que



MADAME COMTAT, comedianta francesa

tienen acá muchos de la filosofía moderna, junto con la bien ó mal fundada preocupación contra Descartes.

Feijoo no es cartesiano; aún cuando varias veces se declara aristotélico no lo es. Si defiende al peripato se ve que lo hace por dominar su doctrina en España, pero en la defensa que aquí hace de la nueva filosofía se ve que no le es posible ser aristotélico ¿por qué? «porque el sistema aristotélico tiene un defecto, de que carecen los sistemas modernos, que es el de ser casi puramente metafísico, que de nada da explicación sensible.» Lo que quieren, pues, los partidarios de la nueva filosofía, es que los españoles «no cierren los ojos á la física experimental, aquella que precindiendo de todo sistema, por los efectos sensibles, investiga las causas, que donde no puede averiguar las causas se contenta con el conocimiento experimental de los efectos.»—«Esta es la física que reina en las naciones, esta la que cultivan tantas insignes academias...»

«Es verdad que los filósofos de dichas naciones excluyen por lo común toda forma sustancial y accidental materiales, en el sentido en que las establece nuestra escuela, sustituyendo en su lugar el mecanismo; pero solo aquel mecanismo segundo ó grueso, digámoslo así, que se hace sensible, ó en sí mismo, ó en sus efectos, y en cada especie es diverso, prescindiendo de el primitivo ó elemental, que acaso es enteramente imaginable; diga lo que quiera Gassendi, de sus átomos, Descartes, de sus tres elementos, etc. Este mecanismo podrán admitir muy bien los aristotélicos, pues nada hay contra él en Aristóteles, el cual nunca dijo que las formas sustanciales y accidentales fuesen unos entes distintos de todo lo que es materia, figura y movimiento...»

No diremos que Feijoo se declare en los párrafos anteriores mecanista, pero sí diremos que está en disposición de hacerlo y de adelantarse á los filósofos modernos: si no tomó por este camino, si su nombre no puede ocupar un puesto entre los filóso-

fos, de esto la culpa es evidentemente de la quinta causa, ó sea el atraso de España en ciencias naturales.

Esta quinta causa es la que un «celo, por sí, pero indiscreto y mal fundado,» hace «temer que las doctrinas nuevas en materia de filosofía traigan algún perjuicio á la religión. Los que están dominados de este religioso miedo, por dos caminos recelan que suceda el daño; ó ya porque en las doctrinas filosóficas extranjeras vengan envueltas algunas máximas que, ó por sí, ó por sus conveniencias, se opongan á lo que nos enseña la fe; ó ya porque haciéndose los

españoles á la libertad, con que discurren los extranjeros, (los franceses, verbi-gracia) en las cosas naturales, pueden ir soltando la rienda para razonar con la misma en las sobrenaturales.» Esto dice no debe temerse porque aquí está «el Santo Tribunal para que aparte del licor la ponzoña.» Feijoo, como se ve, estaba todavía muy lejos de creer que la causa del atraso intelectual de España, aún en nuestro siglo, fué el Santo Tribunal.

Pero en fin agradezcámosle á Feijoo, que no quería sino que el Santo Tribunal interviniera mas que



SEÑORITA MARS, comedianta francesa.—Cuadro de Gerard

en la represión del delito cometido, que no interviniera para prevenirlos. ¿Acaso esto no envuelve un progreso inmenso? «Doy que sea un remedio precautorio contra el error nocivo cerrar la puerta á toda doctrina nueva. Pero es un remedio, sobre no necesario, muy violento. Es poner el alma en una durísima esclavitud. Es atar la razón humana con una cadena muy corta. Es poner estrecha cárcel á un entendimiento inocente, sólo por evitar una contingencia remota de que cometa algunas travesuras en adelante.» En verdad, esto dicho al Santo Tribunal y en frente del mismo, es de lo más meritorio y casi no puede pedirse más. Por haberse atado la razón humana, por haberse puesto en estrecha cárcel el entendimiento español por esto estábamos y estamos tan atrasados en ciencias naturales, y lo estamos porque aún la sexta causa que Feijoo señala pesa sobre nosotros porque aún hoy, pocos ó muchos, hay quienes en nombre de la religión, «vieren al público sus ideas por medio de la estampa y

hacen mucho daño; porque amedrentando á la juventud estudiosa con el pretendido peligro de la religión, retraen de la lectura de los libros extranjeros muchos bellos ingenios, que pudieran por ellos hacerse excelentes filósofos... «Estos eran los que habían hecho ya vulgar, en escritores pedantes, hablar «de los aires infectos de el Norte.» «Pues, ¿si llegaban á saber que Leibniz, Boyle y Newton fueron herejes? Aquí es donde prorrumpe en exclamaciones capaces de hacer temblar las pirámides egipcias; aquí es donde se inflama el enojo, cubierto con la capa de celo. ¿Herejes? ¿Y éstos se citan? ¿O se hace memoria para cosa alguna de unos autores impíos, blasfemos, enemigos de Dios y de su Iglesia? ¡Oh mal permitida libertad! ¡Oh, mal paliada envidia! Podría, acaso, exclamar yo: ¡Oh ignorancia, abrigada de la hipocresía!...»

Tal era el estado intelectual de España á mediados del siglo XVIII, y las causas de tal estado no eran otras que las señaladas por Feijoo. Precisa decirlo,



los borbones procuraron remediar en lo posible este daño. Los borbones de Francia poco hicieron, pero los de Italia distinguieron todos á Feijoo, lo mismo Fernando VI que Carlos III.

Necesitaba, pues, el progreso en España que se imposibilitase al Santo Tribunal el poder hacer daño; necesitábase que dejase de imperar en las cátedras del Espíritu Santo, el espíritu de la ignorancia.

Pero el temor de las novedades estaba tan arraigado en el país, que la misma segunda mitad del siglo XVIII, fué incapaz para producir en España un espíritu que reivindicase la libertad del pensamiento humano. Continuóse hablando de la nueva filosofía, continuó ésta teniendo partidarios tan timoratos como Feijoo, pero lo repetimos, no se busque en España un Voltaire, un Diderot, un Rousseau.

Aún así y todo, el progreso en España se debió á esa nueva filosofía que se introducía en ella por las grandes familias, las únicas que se habían emancipado del fatal influjo clerical, y las únicas que podían pasar el Pirineo. Introducíase también su espíritu por los hombres de Estado, por los políticos obligados á hacer frente á inmensos gastos con un tesoro público cada día más pobre, cuando cada día eran mayores las riquezas de la Iglesia. Así aquí se siguió un camino muy distinto que en otros países para la obra de la reivindicación. La Inquisición era impotente para reprimir á los que acusaban de ser causa de la despoblación y miseria de España á las comunidades religiosas. El Rey los protegía, porque el Rey entendía que estos hombres no querían más que restaurar su hacienda. Y en rigor en lo político no querían más, aún cuando no es tampoco menos cierto que se deseaba estrechar á las comunidades para ensanchar el círculo de la libertad intelectual.

Los hombres de esta segunda época no fueron mucho más allá que los de la primera. Recuérdese que sus grandes hombres, los Campomanes, los Jovellanos, en los días de la Revolución española, son tildados de reaccionarios con razón, tan lejos habían estado del espíritu liberal y reformista de la nueva filosofía que produjo la memorable revolución que 1889 solemnizará el mundo entero. Era el puro patriotismo de estos hombres que tan disminuída veían á España, lo que les hizo ser revolucionarios en tiempo de Carlos III y Carlos IV. Su patriotismo lo que les hizo abrazar con mejor buena fe que conocimiento de la situación la causa de la independencia de España en la que forzosamente por sus antecedentes tenían que ocupar los primeros puestos. ¿Acaso uno y otro no habían sido las

víctimas más ilustres del antiguo régimen? Jovellanos no salió de su destierro ó confinamiento de siete años cuando los napoleónicos se acababan de apoderar á traición de España? Si sus antiguos servicios, si su mérito les llevaba al gobierno supremo de la nación huérfano de sus autoridades legítimas, sus ideas eran tan opuestas á las de esa misma filosofía nueva de la que habían sido inconscientes propagandistas que pudo decirse, por Cándido Necedal, que «Jovellanos fué el verdadero fundador del partido conservador ó moderado.»

Pero si Jovellanos no quería una nueva Constitución del Estado, sino la reforma de las leyes malas, esto que era insuficiente en 1809, era de un alto grado de liberalismo cuando principió Jovellanos su carrera; el insigne asturiano nació en 5 de Enero de 1744.

Habían precedido á Jovellanos, como sabemos, en el campo reformista, Roda, Floridablanca, Campomanes y Aranda. Estos hombres consiguieron convencer sin esfuerzo alguno, en verdad, á Carlos III de la necesidad de la reforma de las Universidades españolas de las que Blanco decía, Blanco que debía hacerse famoso como literato inglés (White), que de no escapar de ellas no hubiese probablemente sabido jamás que existía literatura española, pero cuya reforma iba á estrellarse ante la resistencia de las mismas universidades.

¿Qué decían los sabios de Salamanca? «Nada enseña Newton para hacer buenos lógicos ó metafísicos, y Gassendi y Descartes no van tan acordes como Aristóteles con la verdad revelada.» Y esto que decía Salamanca en 1771, lo decían poco más ó menos las demás universidades de España.

A pesar de esta resistencia, empero, el progreso se hacía bien que lentamente, y como todo el mundo sabía de donde nacía la oposición, de todas partes salían también hombres generosos para ayudar el renacimiento intelectual de España. Cuando Feijoo ha de enmudecer con la vida, cuando Florez se abruma en la *España Sagrada*, en la que tan buenas cosas dice á los milagrosos y á los explotadores antiguos y modernos del sentimiento religioso, otro eclesiástico que no viste cogulla, sino la sotana de los hijos de San Ignacio, aparece en escena. Este es el P. Isla, que nació en 1703 para cerrar los ojos en el año en que por última vez se encendieron las hogueras de la inquisición para quemar una mujer «joven y bella» según expresión del marqués de Lengle, que asistió al auto de fe de Sevilla de 1781.

Isla la emprendió contra los malos predicadores de su tiempo, lo que era emprenderla con los cate-

dráticos de las más de las universidades de España y de todos los seminarios y noviciados. De aquí el fragoroso clamoreo con que fué acogido su primer tomo del *Fray Gerundio de Campazas*, al publicarse en 1759 y que se vendió en un día en número de ochocientos ejemplares, éxito literario sin precedentes en España. Quiso el rey, quiso la corte proteger al atrevido reformista, pero la Inquisición pudo más. El autor fué citado ante el Santo Tribunal, y éste condenó su obra, y como esto le pareciera poco, ya que no se atreviera con el padre jesuita por ser tal, se atrevió con cuantos pudieran salir á su defensa condenándolos por adelantado. Esta era la justicia del Santo Tribunal. Así el tomo segundo que no tuvo tan buena fortuna como el primero, tuvo que publicarse en Inglaterra y en inglés en donde vio la luz en 1772. Esa ridícula prohibición duró hasta 1813 al morir la Inquisición, pero en ese mismo año volvió á restaurarse al regresar Fernando VII. Los fustigados no perdonaron la obra del P. Isla nunca. Pero Isla, como Cervantes, más ó menos imitado por él, dió un nombre á la gente de mal gusto, y desde sus días el sobrenombre de *Fray Gerundio* ha sido bastante, cuando no se lo dió á sí mismo Lafuente, para acabar con los malos literatos.

López de Sedano, mejor que no Huerta con sus imitaciones de la poesía española del siglo XVII contribuyó al renacimiento de la poética española, publicando su *Parnaso español*,—1768-1778,—colección de trozos escogidos,—aunque no siempre con el mejor acierto, que forman nueve tomos.

Pero el que realmente influyó fué Moratín, el padre,—1737-1780,—por quien la literatura francesa académica triunfó, ó si se quiere por quien triunfó la poética de Luzán que tanto ruido metió en 1730 presentándose como la obra que había de acabar, si no es que había acabado con su publicación, con el mal gusto. Mas ya hemos dicho cuál fué el inmediato resultado del triunfo del clacisismo francés, del que no se sustrajo Moratín sino en sus *Romanes moriscos* y en sus famosas quintillas á una *fiesta de toros* de Madrid, espectáculo que tanto le agradaba. El mal gusto pudo escaparse por el teatro con sus tragedias y comedias, en las que á lo menos los personajes entraban y salían de la escena.

A su tertulia, en la que estaba vedado tratar de otras cosas que no fueran teatros, toros, amor y poesía, acudía entre otros literatos no menos preceptistas que Moratín un bizarro militar, el gaditano José Cadahalso que nació en 1741 para perecer miserablemente de un casco de granada en el famoso sitio de Gibraltar de 1782.

¿Qué hubiera pasado en la tertulia de Moratín á no morir Cadahalso?

Lo cierto es que éste, lo mismo que su discípulo Meléndez, se habían dejado ganar por el género sentimental, y que si Cadahalso en el siglo pasado se hizo popular, y con razón, con su hermosa sátira *Eruditos á la violeta* destinada á criticar la superficial instrucción de nuestros literatos y gente de mundo, en nuestro siglo la popularidad de Cadahalso se funda en su imitación de las *Noches* del inglés Young para la que le dió pretexto su pasión amorosa por la Ibañez cuyo cuerpo hizo desenterrar, librándole de las consecuencias de esta calaverada el conde de Aranda. Pero el romanticismo no encontraba condiciones favorables de momento para desarrollarse. La antigua sociedad española, fría, reservada y acompañada existía en toda su integridad, y el romanticismo necesitaba libertad, y sino desórdenes, pasiones, y las pasiones dormían aún en nuestro suelo aletargadas por el hálito fatal de una falsa educación. Cadahalso y Meléndez hubieran, pues, podido fácilmente sacar la tertulia de Moratín del quietismo á que se había condenado emancipándose de Boileau, su maestro, como Iriarte la hubiera llevado por más altas aspiraciones con su carácter ardiente y reformador que le valió dar con su persona en la Santa Inquisición,—año 1786,—que le reprendió por pertenecer á la nueva escuela filosófica francesa que hubo de entever en sus hermosas fábulas que casi en vida suya pasaron el Pirineo apropiándose las Florian,—1792,—si bien hay que advertir que el fabulista francés declaró «que sus más hermosos apólogos se los había suministrado Iriarte.»

Compartió con Iriarte los lauros de fabulista Samaniego, pero si Samaniego no intentó elevarse á las altas regiones de la poesía, esto intentó más de una vez Iriarte con escaso éxito, porque su inspiración no rayaba tan alto, ni su genio poético era tal, que pudiera atreverse por tales caminos: además por este tiempo, se arrastraba por los suelos la poesía hasta caer en el prosaismo, porque en los genios que á mayores alturas se elevaron, como Huerta, el último defensor é imitador del culteranismo del siglo XVII que tanto daño había hecho á nuestra poesía, su apasionamiento por rancias formas y su enemiga por los nuevos derroteros del arte hicieron que en él no se viera más que el defensor de una escuela anticuada y muerta y no un poeta de valía real.

Meléndez, de quien Huerta no podría reprender su corte castizo, si en romances y anacréonticas no



tiene rival, en las composiciones de arte mayor, no le es ni mucho menos favorable la general opinión; también Cienfuegos en epigramas y letrillas merece un puesto excepcional, pero no como alto poeta lírico; y Jovellanos, que en particular no se dedicó más que á la alta poesía en tragedia y odas, tampoco demuestra poseer aquella fuerza poética, aquella imaginación poderosa y libre necesarias para sostener composiciones elevadas y de verdadero empuje. Es que todos ellos por sus tendencias van tras de la imitación extranjera sin saberlo muchas veces, pero no se puede negar que Meléndez, Jovellanos y Cien-

fuegos, lo mismo que sus imitadores, vuelven la espalda al arte nacional para ser ora ingleses, ora franceses ó alemanes.

«España en el siglo XVIII ha empezado á pensar, á analizar y á calcular; ha tratado de adquirir artes útiles y productivas, de fomentar las ciencias, sin las cuales estas artes no pueden sostenerse ni progresar, y de ponerse, en cuanto le fuese posible, al nivel de las demás naciones en prosperidad y en riqueza.» «Por manera que, bien considerado todo, es aún más de admirar y de agradecer lo que se ha hecho, que de culpar y quejarse de lo que falta. Los



SEÑORITA GEORGES, (La Weymer), comedianta francesa  
Cuadro de Gerard

poetas han sido en esta época menos en número que en lo pasado, y menos grandes, si se quiere; pero el siglo era también infinitamente menos poético que los anteriores.» Quien así se expresa es nada menos que el príncipe de los poetas de la época moderna, Manuel José Quintana.

Quintana enlaza el siglo XVIII con el XIX y pertenece al último período ó por mejor á un nuevo y último período del siglo que le vió nacer en el año 1772. Es también él quien nos dice con indisputable autoridad que: «Desde los últimos años de Carlos III, la actividad literaria se ha ido amortiguando cada vez más, y en el caso de explicar las causas tendríamos que buscar una buena parte de ellas en casa de nuestros vecinos (los franceses).»

Cierto, tan pronto el movimiento político fué acentuando en Francia la obra de reivindicación humana, porque no menos que de la emancipación de la humanidad se trató en Versalles, hubo

de distraer la atención de los hombres de genio de esos pasatiempos literarios en que gustaban lucirse Batilo, Jovino, Liseno, Delio, Dalmiro, etc., es decir, Meléndez, Jovellanos, Rojas, fray Diego, Cadahalso, quienes aún en los albores de la revolución gustaban cambiar sus nombres de ciudadanos por el de pastores de la Arcadia. Hé aquí una de las causas de la decadencia de la literatura española, esto es, el que sus representantes no supieron ponerse á la altura de la transformación de su siglo. Aquí nadie se transformaba, aquí no pasaba nada, y por esto todo nuestro esfuerzo no fué más allá de producir un Quintana. Los que no pudieron acomodarse á nuestra indiferencia, los que se sentían atraídos por la revolución como las mariposas por la luz, tuvieron que emigrar de España y huir allí en donde se trataba de dar á la humanidad el asiento en que ha ido poco á poco acomodándose durante nuestro siglo: así lo hicieron Marchena y Blanco,

dos verdaderos temperamentos literarios á quienes naturalmente había de ser fatal esa misma exageración de su sangre que les impulsó á abandonar su patria, para poder trabajar en su respectiva patria de adopción, Francia é Inglaterra por esa emancipación de la humanidad que en España no encontraba sino débiles acentos en Menéndez, Cienfuegos y otros menos notados.

¿Se comprende que cuando tanto interés teniese en España por los sucesos de Francia, cuando «hasta los mozos de esquina compran la *Gaceta*, y en las tabernas y altos estrados, junto á Mariblanca,— el pilón ó fuente de la Puerta del Sol,— y en el café

no se oye más que batallas, revolución, convención, representación nacional, libertad, igualdad...» que es lo que escribía en 1796 el padre Estala á Forner, no hubiera quien por la libertad saliera en España con viriles acentos pulsando la arpa eólica?

Quintana fué la excepción y esta es su mayor gloria. En 1797 lanzó su canto á *Juan de Padilla*, del cual dijo Leopoldo Augusto de Cueto «que desde los tiempos dorados de nuestra literatura no había sonado la lira castellana con majestad tan alta, con tan noble soltura, con entonación tan robusta. A la trivialidad de los asuntos, á la languidez de las formas, han sucedido animada elegancia, sentimientos



Modas de 1808, del almanaque de Göttinga

de fuego, arrebatos de indignación,» y esto lo ha dicho el hombre que no puede perdonar al joven Quintana que agregara á Carlos V

Al odioso tropel de hombres feroces,  
Colosos para el mal...

En este canto inmortal, grito único de la España liberal que tardara todavía años y más años en reconocerse, Quintana principia con un «levántate España,» que hubiera hecho estremecer á todo un pueblo si no hubiera estado el nuestro tan abatido y desmoralizado por tantos siglos de servidumbre sobre los que revuelve airada la alma heroica de Quintana. Así empieza su canto á Padilla, que no sabemos por qué no quiso llamar oda.

«Todo á humillar la humanidad conspira  
Faltó su fuerza á la sagrada lira,  
Su privilegio al canto,  
Y al genio su poder. ¡Los grandes ecos

Dó están, que resonaban  
Allá en los templos de la Grecia un día,  
Cuando en los desmayados corazones  
Llama de gloria de repente ardía.  
Y el són hasta en las selvas convertía  
A los tímidos ciervos en leones?  
¡Oh, cual cantara yo si el Dios del Pindo  
Poder tan grande á mis cantos diera!  
¡Con qué vehemencia entonces la voz mía,  
Honor, constancia y libertad sonando,  
De un mar al otro mar se extendería!

¡Patria! nombre feliz, numen divino,  
Eterna fuente de virtud, en donde  
Su inextinguible ardor beben los buenos;  
¡Patria!... La vista atónita no encuentra  
Patria en torno de sí...

¡Perdona, madre España! La flaqueza  
De tus cobardes hijos pudo sola  
Así enlutar tu singular belleza!

fué tu destino